

Gioconda Belli

El pergamino
de la seducción





Seix Barral Biblioteca Breve

Gioconda Belli

El pergamino
de la seducción

Capítulo 1

Manuel dijo que me narraría la vida de Juana de Castilla y su locura de amor por su marido Felipe el Hermoso, si yo aceptaba ciertas condiciones. Era profesor de la Universidad Complutense. Su especialidad era el Renacimiento español. Yo aún estudiaba en la escuela secundaria. Tenía diecisiete años y desde los trece, desde la muerte de mis padres en un accidente aéreo, estaba interna en un colegio de monjas en Madrid, lejos de mi pequeña patria latinoamericana.

La voz de Manuel dejaba dentro de mí un rastro denso. Era una marejada en la que flotaban rostros, muebles, cortinajes, los abalorios y rituales de tiempos perdidos.

—¿Qué condiciones? —pregunté.

—Quiero que levantes con tu imaginación los escenarios que te describiré, que los veas y te veas en ellos, que te sientas como Juana por unas horas. No te será fácil al principio, pero un mundo construido con palabras puede llegar a ser tan real como el haz de luz que ilumina tus manos en este momento. Está científicamente comprobado que el cerebro tiene una similar reacción cuando vemos una vela encendida con los ojos abiertos, que cuando la imaginamos con los ojos cerrados. Podemos *ver* con nuestra mente y no sólo con los sentidos. Dentro del mundo que evocaré, si aceptas mi propuesta,

tú personificarás a Juana. Yo conozco los hechos, las fechas. Puedo situarte en ese tiempo, en los olores, colores y entornos de entonces. Pero en mi narración (porque soy hombre y, peor aún, historiador racional y puntilloso) faltará (siempre me falta) lo interior. No puedo, por más que trate, imaginar lo que sentiría Juana a los dieciséis años viajando en la nave capitana de una armada, compuesta por ciento treinta y dos embarcaciones, a casarse con Felipe el Hermoso.

—Dices que no lo conocía.

—Nunca lo había visto. Ella desembarcó en Flandes, acompañada por cinco mil hombres y dos mil damas de la corte, para encontrarse con que el prometido no la esperaba en el puerto. No puedo imaginar qué sentiría. Tampoco puedo acercarme a su intimidad en el momento en que al fin se encontró con Felipe en el monasterio de Lierre y ambos se enamoraron tan furiosa, tan súbita y rotundamente que pidieron que esa misma noche les casaran para consumir un matrimonio concertado por razones de Estado.

¿Cuántas veces habría hecho Manuel referencia a ese encuentro? Le daría gusto quizás ver cómo yo me sonrojaba. Sonreí para disimular. Aunque hubiera pasado mis últimos años en el convento, rodeada de monjas, podía imaginar la escena. Para mí no era difícil suponer lo que sentiría Juana.

—Veo que me vas entendiendo. —Sonrió Manuel—. No puedo quitarme de encima la imagen de esa joven, una de las princesas más cultas del Renacimiento que, tras heredar el trono de España, terminó, a los veintinueve años, confinada en un viejo palacio hasta su muerte cuarenta y siete años después. La educó Beatriz

Galindo «la Latina», una de las filósofas más brillantes de ese tiempo, ¿sabes?

—Triste pensar que Juana enloqueciera de celos.

—Eso dijeron. Ése es uno de los misterios que tú podrías ayudarme a desentrañar.

—No veo cómo.

—Pensando como ella, poniéndote en su lugar. Quiero que dejes que esta historia te inunde la conciencia. Tú tienes casi la misma edad. También a ti te tocó dejar tu país y quedarte sola muy joven.

Mis abuelos me depositaron en el internado regentado por monjas en Madrid un día de septiembre de 1963. Aunque el edificio de piedra era severo y lúgubre —la fachada de altas paredes sin ventanas, la puerta majestuosa con el escudo antiguo sobre el dintel— su sobriedad calzó perfectamente con mi estado de ánimo de entonces. Crucé el zaguán recubierto de azulejos hasta la puerta más pequeña de la recepción, sintiendo que dejaba atrás los ruidos de un mundo que en nada acusó la catástrofe que de golpe puso fin a mi niñez. Ni el día ni la noche, ni el paisaje o el trajín de las ciudades, lograron registrar mi tristeza como la quietud de aquel convento en cuyo centro un pino solitario extendía su sombra sobre un mínimo jardín interior que nadie visitaba. Durante cuatro años había vivido dócil y callada en el internado. Si bien mis compañeras eran amables conmigo, mantenían una distancia prudente, influidas, creo, por la tragedia bajo cuya sombra yo había aparecido entre ellas. Las buenas intenciones de las monjas seguramente contribuyeron a mi aislamiento. Insistirían en pedirles que fueran delicadas y compasivas conmigo, que se cuidaran de no removerme las heridas o hacer que me

entristeciera. Hasta preferían no hablar de sus vacaciones familiares, o su vida de hogar delante de mí. Pensarían que hablarme de sus padres haría que yo extrañara a los míos. Semejantes restricciones, unidas a mi carácter más bien introvertido y a que, inicialmente al menos, yo tampoco tuve ni la menor disposición a abordar el asunto de mi repentina orfandad, limitaron drásticamente mis posibilidades de hacerme de amigas íntimas. A eso se sumaron mis altas calificaciones, que dieron pie a que las monjas me tomaran como un caso ejemplar de triunfo frente a la adversidad, sin reparar en que esto ahondaría el foso que me separaba de las demás.

—Para serte franca, no me queda claro cuál es el papel que esperas que desempeñe. Por supuesto que puedo especular sobre lo que sentiría Juana; pero hay una gran distancia entre ella y yo. Siglos. Somos producto de dos tiempos distintos. No veo cómo, de mis reacciones, podrás deducir las de ella.

¿Qué cambiaba realmente cuando de sentimientos se trataba?, me dijo. Yo podía leer a Shakespeare, Lope de Vega, la poesía de Góngora, de Garcilaso, los libros de caballería y conmoverme con ellos. Pasaba el tiempo y cambiaban los entornos, pero la esencia de las pasiones, de las emociones, de las relaciones humanas era sorprendentemente uniforme.

—Puedes hacer esto que te pido como una obra de arte, un teatro de la historia. ¿Qué hacen los novelistas, por ejemplo, sino acumular información y luego situarse imaginariamente en el espíritu de quienes protagonizaron tal o cual hecho histórico? La literatura, la pintura, hasta la música, no son más que intentos individuales

de volver a capturar sensaciones y épocas perdidas. Y hay correspondencias que se producen y sintonías que se alcanzan que no son explicables racionalmente. Uno lee las descripciones del proceso creativo que hacen los mismos creadores e inevitablemente se encuentra con pasajes donde describen el misterio de ser «poseídos» por sus personajes, o por algo que no logran explicar. Hay quienes comparan la inspiración con la actividad de los médiums y afirman que cuando escriben sienten como si estuvieran tomando dictado, o asistiendo a visiones que sólo tienen que consignar en el papel. Existen los clásicos porque esencialmente seguimos inmersos en los mismos dramas, reviviendo las mismas historias. Tú pensarás más libremente en el amor porque a ti nadie te obligará a casarte por razones de Estado, pero en el momento de enamorarte, en la manera en que experimentarás esa atracción, no serás muy diferente de Juana. Digamos, si quieres, que tú te acercarás más a sentir lo que sintió ella de lo que yo me podría acercar.

—Eres muy persuasivo —sonreí—, pero hablas como si intentases convencerme de abordar una máquina del tiempo. Después de todo, sólo me contarás una historia. Si lo haces bien, no me costará nada entrar en ella. La imaginación se me desboca a menudo. Al menos puedo intentarlo.

—No se trata sólo de mí, ¿sabes? Tú también tienes misterios muy relacionados con éste que quisieras se te revelaran. El asunto de los celos, por ejemplo, lo entenderías mejor.

En pocos meses, Manuel había llegado a saber mucho de mí. Lo conocí durante la primavera, en el último viaje de mis abuelos a Madrid. Recordaba bien que ese

día yo llevaba un traje chaqueta de paño inglés y un pañuelo Hermès, regalo de mi abuela, al cuello. Me paseaba por el vestíbulo del Hotel Palace mientras esperaba que ellos bajaran de la habitación cuando lo vi. Parecía un personaje de otro tiempo. Tenía el pelo completamente blanco. A esto se añadía una piel muy clara, casi traslúcida, cejas gruesas oscuras, ojos azules y unos labios que, por contraste, lucían muy encarnados. Estaba hundido con la pierna cruzada en uno de los sillones forrados de damasco bajo la cúpula *art nouveau* del recibidor, fumando displicente. Además de su peculiar colorido, me llamó la atención la fruición con que aspiraba el humo del cigarrillo. Me dijo más tarde que él también se fijó en mí pues no era usual en Madrid encontrarse mujeres jóvenes con la piel morena de los trópicos y la estatura de las nórdicas. No era la primera persona que hacía el comentario. Yo sabía que era llamativa gracias a mi metro setenta y cinco, aunque más bien me consideraba desgarbada, un poco jirafa. Hasta tenía los ojos grandes y la mirada melosa y esquiva de esos animales.

Cuando me senté en otra de las poltronas del vestíbulo, me sonrió con la mirada de entendimiento que se cruzan las personas que aguardan impacientes en andenes de tren o aeropuertos. Finalmente mi abuela salió del ascensor y detrás de ella, mi abuelo. Él era un hombre guapo, a sus setenta y tantos años, parapetado tras una inmovible seguridad en sí mismo. Caminaba ligeramente inclinado como si quisiera aminorar la diferencia de tamaño entre él y su esposa. Mi abuela era menuda y siempre caminaba erguida, con una elegancia aprendida, sin naturalidad, que quienes no la conocían interpretaban como arrogancia. Llevaba un traje beige,

el pelo arreglado en la peluquería. Su rostro se suavizó al reconocermé. Mi abuelo me tomó por los hombros y me examinó antes de darme un beso. Era un gesto muy suyo aquél, pero a mí me dio la impresión de que evaluaba si ya sería tiempo de dejar de ocuparse de mí.

Después de que mis abuelos me abrazaron, Manuel se acercó para presentarse. Era el guía privado enviado por la agencia para que nos acompañase a la visita a El Escorial. Llevaba un impermeable inglés azul marino y una bufanda escocesa y recuerdo que noté la marca de los cigarrillos que fumaba: Ducados. Nos escoltó a su coche, un Seat negro, muy pulcro. Durante el viaje, mis abuelos intercambiaron con él comparaciones entre la dictadura de Franco y la que sufríamos en nuestro país. Cuando se dedicaron a mirar el paisaje, Manuel aprovechó que iba sentada a su lado para hacerme preguntas sobre las materias que prefería, mi impresión de Madrid, si tenía muchos amigos. Fue en esa conversación donde me enteré de que era profesor y que hacía una investigación sobre Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Me preguntó si sabía algo de esos personajes. Muy poco, dije. ¿No era Juana acaso la reina que enloqueció de amor? Eso decía la leyenda, dijo, con resignación. La verdadera historia se prestaba a otras interpretaciones, pero a pocos les interesaba profundizar en ella. Juana era la madre del emperador Carlos I de España y V de Alemania, del que se decía que en sus imperios nunca se ponía el sol. Por ende, era la abuela de Felipe II, el rey que mandara construir el monasterio de El Escorial que íbamos a visitar.

La verdad es que a mí tantos reyes y reinas se me confundían, le dije. Rio. Juana era especial, afirmó, muy especial.

—Te le pareces. Era morena, con el pelo negro, como tú —me dijo—. Jamás me encontré otra persona que se le pareciese tanto.

Calculé que Manuel tendría cerca de cuarenta años. Me dijo que él también había quedado huérfano muy joven. Su única familia era una hermana de su madre: Águeda. Aunque nos hizo a los abuelos y a mí de guía privado (y fantásticamente erudito), resultó que ése no era su oficio. Quien debía acompañarnos tuvo un contratempo, explicó, y él le hizo el favor de sustituirlo porque eran amigos.

Yo había estado en El Escorial recién llegada a España, con un guía turístico que nos paseó a toda velocidad por los salones. Fue muy distinta la experiencia de recorrer el monasterio con un profesor de historia que no sólo conocía el período de Felipe II y sus ancestros en profundidad, sino que se transportaba y nos transportaba a la época con la vehemencia de sus gestos y el timbre grave, envolvente, de su voz llena de inflexiones. La erudición de Manuel era incluso conmovedora. Pensé que sufría por tener que conformarse con imaginar la vida en los siglos XV y XVI. Mirándolo frente al retrato de Felipe el Hermoso, en el nimbo de luz de la ventana, tuve incluso la inquietante impresión de que se le parecía físicamente. Fue junto a la pintura cuando narró el primer encuentro de Juana y Felipe. Habló como si hubiese sido testigo del amor inmediato e incontenible que los motivó a consumir el matrimonio esa misma noche. Algo notaría mi abuela, porque lo interrumpió para preguntarle sobre la silla de mano que se exhibía cerca del retrato. Él explicó que era la misma en que Felipe II, enfermo, hizo su último viaje de Madrid al monasterio.

Manuel nos habló entonces de las enfermedades de Felipe, la gota que lo aquejaba, de sus devociones religiosas, sus cuatro esposas de las que enviudara sucesivamente. El rey se flagelaba, dijo, se ponía coronas de espinas. Hacía el amor a sus esposas a través de una sábana donde sólo existía el agujero imprescindible para asegurar la procreación. Ponía a las reinas a rezar el rosario mientras copulaban. Imploraba el perdón del Altísimo por cualquier sentimiento de placer que pudiera colarse en medio del lino y la oscuridad. (Mi abuela miraba al suelo, mi abuelo a mí, como disculpándose por la falta de autocensura del guía frente a una joven como yo, pero el profesor estaba en lo suyo, arrastrado por la pasión de su relato.)

Antes de despedirse para seguir hasta Londres, mi abuela me entregó un cúmulo de viejos papeles que yo le había pedido, provenientes del secreter de mi madre. Cuando mis padres murieron, yo acompañé a Mariíta, nuestra vieja doméstica, a desalojar nuestra casa. A pesar de sus ruegos de que la dejara hacerlo sola, mi hijita, de que no me expusiera a ese dolor, yo insistí en estar allí, junto con las domésticas prestadas de las casas de mis tíos. Estuve presente cuando se vaciaron los clósets, los estantes con libros, los muebles de la cocina, las gavetas de los escritorios, las mesas de noche. Las vidas de las personas están llenas de papeles y yo insistí en guardar los que fuimos encontrando por la casa. «Tu abuelo ya se llevó los seguros de vida, las escrituras. Nada me dijo del resto de papeles. No soy yo quien te va a contrariar si quieres guardarlos para cuando estés más grande», asintió la Mariíta. Y es que pude ver la ropa, los zapatos, cinturones y pañuelos y decidir qué podría yo usar alguna vez y qué poner en cajas para llevar a las monjas de la

Caridad, pero no pude mirar por un instante la caligrafía nítida y puntiaguda de mi madre o la cursiva de mi padre, sin que me ahogara el llanto y la pesadumbre. Casi cinco años después creí estar preparada para hacerlo. Leí los papeles aquellos en el internado, en el dormitorio silencioso en el que yo ocupaba una pequeña habitación con una cama de hierro, un ropero, un lavabo, una silla y una alta ventana desde la que divisaba los árboles del jardín, sus hojas nuevas refulgentes en el aire de la primavera. Los primeros años interna dormí en un gran salón con un pasillo al medio y cubículos a ambos lados, separados por paredes bajas y cerrados por cortinas blancas y almidonadas. Una monja nos despertaba a las siete de la mañana, invierno y verano, dando palmas. A los pocos minutos, pasaba de cubículo en cubículo recorriendo bruscamente las cortinas para cerciorarse de que estábamos ya fuera de la cama y frente al pequeño lavabo. Era una táctica de campamento que nunca dejó de perturbarme. Afortunadamente, desde el año anterior, me habían trasladado a la pequeña habitación privada en el dormitorio de las mayores. Fue como cambiarme de una pensión a un hotel de cinco estrellas. Como padecía de insomnio y en atención a mis trágicas circunstancias, madre Luisa Magdalena, responsable del dormitorio y también de la enfermería, me concedió el derecho de dejar la luz encendida por las noches hasta lograr conciliar el sueño.

Tenía las manos frías cuando, en pijama, sentada sobre la cama, con una colcha abrigándome las piernas, abrí el paquete. Apenas podía contener la agitación que experimentaba al acercarme de nuevo al tajo que dividía mi vida en un antes y un después. Saqué cinco sobres de papel manila y unos cuantos libros. Sonreí al ver

uno de ellos: *La sexualidad humana*, por la doctora Stella Cerutti. Eran libros que mi mamá guardaba bajo llave para que no cayeran en mis manos. Me pareció oírlos: «Ya te llegará el momento, todavía estás muy pequeña.» Ignoraba si alguna vez se habría percatado de que introduciendo un cuchillo por la ranura yo abría la cerradura de su secreter. Así leí *Un mundo feliz*, de Huxley, y también ese libro sobre sexualidad, ilustrado con dibujos en blanco y negro de los genitales femeninos y masculinos expuestos en un corte transversal. Por el temor a que mi madre me descubriera con ese libro en particular —que me parecía una transgresión mayor que el de Huxley— sólo atiné a leer la sección del coito. En ese tiempo me moría por saber qué era lo que se hacía en la famosa «noche de bodas», materia de múltiples especulaciones entre mis amigas. Mi propio cuerpo me había indicado que algo se haría con el lugar al que mi madre se refería como *allí*. «No te toques *allí*. Lavate bien *allí*.» Yo estaba segura de que la actividad secreta entre hombre y mujer que nunca se mencionaba explícitamente, pero que se sobreentendía cuando se hablaba de «acostarse con un hombre» y todo eso, implicaba que las parejas se juntaran por la entrepierna. Lo que no lograba visualizar en ese tiempo era la complicada maroma que suponía debía realizarse para lograr esto. Ignoraba la mecánica de erección del pene y entonces la única manera en que podía imaginarlo era con la mujer o el hombre yaciendo de costado, deslizándose hasta acercarse con las piernas abiertas en ángulo para el beso genital que, forzosamente, impediría cualquier acercamiento de los rostros. Una pirueta, en fin, extremadamente incómoda y desagradable que difícilmente podría tener atractivo romántico y cuyas posibilidades intenté com-

prender, dibujando hombres y mujeres desnudos en mi cuaderno. Por supuesto que cuando leí que el pene se cargaba de sangre inflándose como un neumático y penetraba en la vagina rompiendo el himen, tampoco eso me pareció placentero. Era más lógico, sin embargo, y explicaba la posición horizontal en que, normalmente, se mostraban las parejas desnudas. Me reí viendo ese libro, recordando mi ignorancia de niña ingenua.

Vací uno por uno los sobres de manila sobre la cama y fui separando los que se relacionaban con el trajín cotidiano: recibos de lavandería y otros servicios, de las cartas, notas y anotaciones. Entre recibos de suscripciones, invitaciones a cumpleaños de mis amigas, números de teléfono anotados en tarjetas blancas y fotos mías de infancia, vi una tarjeta postal enviada desde Italia por Isis, la amiga colombiana de mamá que vivía en Nueva York. El tono me llamó la atención: «Tendrías que haber venido conmigo. Te habría hecho tanto bien.» Durante los funerales de mis padres, Isis no se apartó de mi lado. Nadie de la familia lloró tanto como ella. No paraba de sacudir la cabeza, de culparse por insistir en que mi mamá fuera a visitarla a Nueva York. «Pero quién me iba a decir que el avión tendría ese percance, Lucía, cuánto lo siento.» Isis quiso hacerse cargo de mí. Sólo tenía una hija. Dijo que yo podría asistir a la escuela de señoritas en Nueva York, seguir mis estudios luego en la Universidad de Columbia. Trataría de educarme como sabía le habría gustado a mi madre. Yo quería a Isis. Desde niña me habitué a llamarla tía y a verla instalarse en la habitación de huéspedes cuando pasaba semanas de visita en nuestra casa. Pero mis abuelos tenían otros planes. Le agradecieron cortésmente su ofrecimiento pero no lo aceptaron. Ya habían discutido entre ellos lo

de enviarme a España. Consideraban que Estados Unidos no era el mejor lugar para una adolescente. Era una sociedad muy liberal y no compartían sus valores, que consideraban excesivamente materialistas. Isis se dio cuenta de que de nada le valdría insistir. Cuando fui a despedirla al aeropuerto, me pidió que la llamara cuando quisiera. Quizás mis abuelos me permitirían al menos pasar las vacaciones con ella. Y cuando cumpliera dieciocho años y terminara el bachillerato me correspondería a mí decidir qué hacer con mi vida, dijo. Entonces probablemente mis abuelos no se podrían oponer, si es que yo optaba por la universidad en Nueva York. Cuando me abrumaba la nostalgia por vivir en un hogar, recordaba su ofrecimiento, pero carecía del ímpetu para desafiar a mis abuelos. Habría requerido de mí una motivación superior a la ilusión de volver a sentirme hija en una casa de familia, algo que, después de todo, no dejaría de ser un espejismo. Encontré un grueso manojo de cartas cruzadas entre mi madre e Isis, cartas de mi abuelo materno, tarjetas de fichas escritas con fechas y leyendas que no tenían mucho sentido y dos cuadernos de espiral con anotaciones. Los papeles del primer grupo, si bien eran intrascendentes, tuvieron para mí un valor arqueológico en cuanto me permitieron reconstruir la cotidianidad de mi madre y sus oficios de administradora de su casa. Revisándolos me la pude imaginar sentada tras el secreter después de que yo partía al colegio, pagando cuentas, haciendo listas de mandados pendientes, disponiendo las compras y comidas de la semana, la ropa que debía llevarse a la lavandería. Me pareció que allí más que en otras cosas se evidenciaba el corte repentino de su vida, lo que quedara inconcluso, aquellos menesteres realizados mecánica-

mente pero con una noción de continuidad que se traslucía en inocentes anotaciones: decirle al jardinero que fumigue los helechos, llevar el traje de Ernesto al sastre. Leyéndolas me rodaron las lágrimas en silencio. Ya no fue, como al principio, un llanto de desesperación, con sollozos, sin consuelo. Fueron unas lágrimas tristes, viejas. La letra de mi madre adquirió una incorporeidad extraña, de manuscrito antiguo, como la pintura de un maestro vista en un museo, el tiempo del autor tan lejano al del objeto que lo sobrevive que es difícil imaginar su mano empuñando el pincel.

Luego leí las cartas de Isis, los apuntes de los cuadernos. Desde que me topé con la primera frase indicando los problemas que angustiaban a mi mamá, la boca se me secó. Tuve la tentación de detenerme, pero la curiosidad ganó la partida. Entré de lleno en el drama que las cartas, y el sinnúmero de fichas blancas, me permitieron reconstruir. En las cartas, Isis reaccionaba inicialmente escéptica e incrédula a la carta que mi madre debió escribirle contándole de una serie de llamadas anónimas —voz de mujer— que había recibido y en las que le daban detalles sobre la infidelidad de mi padre. ¿Cómo iba a perder su tiempo con personas como ésas?, le respondía Isis, pero en las cartas siguientes la consolaba porque aparentemente mi madre ahora tenía certezas, e Isis hablaba de «las pruebas» y le rogaba que se asegurara de que fueran ciertas, que se podían hacer falsificaciones, la maldad de las personas envidiosas era legendaria. Tras esto había cartas, en fechas muy seguidas, rogándole a mi madre mesura, calma, que pensara que ella era una mujer extraordinaria, que no cayera en esas inseguridades, que confrontara a mi padre. Y luego Isis comentaba el

trabajo detectivesco en que mi madre se había hundido obsesivamente y cuyos resultados veía ahora yo: anotaciones de fechas, lugares, cosas que ella le sacaría de las bolsas, palabras que él le decía y que estaban en el cuaderno mezcladas con frases dolientes que mi madre se escribía a sí misma: a media página, la pregunta «¿qué me pasa, Dios mío?», «me estoy volviendo loca». La palabra «loca» escrita muchas veces en los márgenes, junto al nombre «Ernesto», las «o» repintadas y vueltas a repintar con lápiz de grafito. Isis insistiendo en que se olvidara de eso. Sería algo pasajero. A muchos hombres les sucedía. No significaba que Ernesto no la quisiera. Tenía que calmarse, dejarlo pasar. Y más adelante la idea del viaje, de llevarlo a otra ciudad, volver a enamorarlo. Mi madre había visto a la mujer. Joven. Bonita. Tú también eres linda, le decía Isis, siempre fuiste atractiva. Y más notas: «E. regresó a las 11 p.m. Me abrazó. No pude. No pude. Lo odio. ¿Cómo ha podido hacerme esto?» Isis insiste en el viaje. Las cartas se espacian. Se queja de que mi madre no le escribe. «Celia, por favor, me has dejado en una angustia tremenda. Si no te decides a venir, me voy yo a verte. Escíbeme, por favor.»

No dormí nada. Temprano, madre Luisa Magdalena llegó a tocarme la puerta. Me vio en tal estado que al poco rato regresó con un tazón de chocolate con pan que hizo que tomara mientras ella se sentaba a mi lado en la cama, recogiendo su hábito morado y mirando con curiosidad los manojos de papeles que estaban acomodados en pequeños montones en el suelo. «Son cartas y cosas de mi madre.» «Ah», respondió. Preguntó si no me parecía mejor dejar que mi madre descansara en paz, no hurgar en cosas que ella no habría querido dar-

me a conocer. Su paz estaba asegurada, dije. Nada que yo hiciera la despertaría, y para mí había sido una revelación. «Increíble pensar que uno puede vivir con un hombre y una mujer, compartir su amor y no saber nada de ellos. Nada», dije. Era natural, respondió. Yo era tan pequeña cuando ellos murieron.

Madre Luisa Magdalena era alta y delgada, con un rostro de facciones alargadas que le daban una expresión adusta y severa. Sonreía poco y las internas le profesábamos respeto porque sin palabras, sólo con la mirada, imponía rotunda su autoridad. Recién llegada al internado, yo la temía. Una mañana en que amanecí con fiebre, ella llegó a mi habitación a tomarme la temperatura. Antes de marcharse, se inclinó hacia mí, me acarició la cabeza, me acomodó las sábanas. El gesto cariñoso entreabrió la trastienda donde mi corazón guardaba sus empolvados recuerdos de besos, abrazos y palabras dulces. Me poseyó una nostalgia furiosa que me hizo llorar desolada. Pensé que tras su fachada quizás madre Luisa Magdalena albergaba, igual que yo, un gran vacío de amor. Acabé sollozando por ella y por mí. Desde entonces dejé de temerla y le di cuanto cariño pude. Nuestra relación se transformó. Nos hicimos amigas.

—Tendrá que ser muy duro para ti crecer sin tus padres —me decía— y sin embargo nunca hablas de eso. Me pregunto cómo haces. Tienes que ser muy fuerte. Yo perdí a mi madre a los diecisiete años y sólo encontré refugio y consuelo en mi vocación religiosa. Entré en el convento a los diecinueve años. Ahora tengo cuarenta y cinco.

Recuerdo su reacción cuando le pregunté si se arrepentía. Sonrió. Dijo que al principio pensó que no lo aguantaría. Echaba de menos la música, los ruidos de la

calle. Me confesó que leer a santa Teresa de Ávila fue su salvación. Era una mujer muy apasionada que encontró en Cristo a su enamorado.

La mujer que intuía bajo el hábito de madre Luisa Magdalena me llevó a contarle mi descubrimiento y a enseñarle incluso algunas de las tarjetas de mi madre. No fui capaz de silenciar mi hallazgo, la rabia y confusión que sentía. No entendía que mi madre hubiese optado por vivir con la angustia y la zozobra que se traslucía en sus anotaciones y cartas, en vez de dejar a mi padre. Habría sido menos doloroso para ella, y no se le habría ocurrido aquel viaje diseñado para reavivar el amor y para que ambos revaloraran su matrimonio. Y si el viaje no se hubiera realizado, yo tendría a mis padres divorciados, pero vivos.

—Amar a Cristo debe ser bastante seguro —le dije—. No se expone uno a los celos, ni a los desengaños. No logro imaginar a mi padre haciéndole eso a mi madre. Mi papá era muy dulce conmigo, en cambio se ve que a mi madre la hizo sufrir mucho. Ella estaba loca de celos. Me cuesta creer que sucediera algo así entre ellos. Siempre creí que se querían tanto.

—No soy yo quien pueda explicarte mucho sobre los celos, hija mía —dijo madre Luisa Magdalena sonriendo con una dulzura triste—, pero en España tuvimos una princesa que enloqueció por ellos...

Debí dar un respingo. ¿Cómo entender que hasta la monja pensara en ella? ¡Qué coincidencia!

—Juana la Loca —salté.

—¿Conoces la historia?

—Un poco. Pero conozco a alguien que sabe todos los detalles.

—Haz que te los cuente. Yo no sé los pormenores y hay mucho de lo que se dice que es más leyenda que otra cosa, pero fue un capítulo triste de la historia de España. Juana debió haber sido reina a la muerte de su madre, Isabel la Católica, pero en vez de eso terminó encerrada en el pueblo de Tordesillas, cerca de Valladolid. Supuestamente enloqueció por los celos que le provocaron las correrías del esposo. Cuando era niña fui de visita con mis padres al monasterio de Santa Clara, donde estuvo el cadáver de Felipe el Hermoso, su marido. Me impresionó saber de esa reina encerrada tantos años allí y la historia de su hija, Catalina, que creció en un cuartito oscuro al lado de su madre, en el que finalmente abrieron una ventana para que ella se entretuviera viendo jugar a los niños afuera.

—¿El marido le fue infiel o se lo imaginó ella?

—Sí que le fue infiel, según dicen, aunque también se dice que los dos se enamoraron a primera vista y que se amaban mucho. Tuvieron seis hijos... Catalina nació cuando su padre ya había muerto. Hay un libro de Prawdín sobre ella en la biblioteca. Te lo conseguiré.

Eventualmente compartí con Manuel aquella historia de mis padres que alteró las memorias de toda mi vida. La reina Juana fue el pivote alrededor del cual gravité, seducida por el tormento de fondo y por las consecuencias que su drama tuvo para España. Según Manuel, había cambiado el destino del país para siempre.

—¿Y cómo haremos para evocar el espíritu de Juana? ¿Una güija? —sonreí, burlona.

Él no sonrió. Sentado frente a mí, inclinado hacia delante, los codos sobre las rodillas, me miraba sin darme tregua. Me enderecé en el sillón. Miré otra vez la ventana cerrada.

—No sé si conoces la práctica de los indios americanos de fabricar redes para atrapar los sueños. Pues lo que propongo es que fabriquemos una. Tengo un traje al estilo de la época. Quiero que te vistas como Juana. Quiero que te imagines en su piel mientras yo te cuento la historia, que te compenettes de su pasión, de sus confusiones. Hay quienes fabrican complejas máquinas para viajar en el tiempo. Yo te propongo un viaje sin más artilugios que la seda y el terciopelo. A través de mi palabra ella vendrá a ti y los dos podremos conocerla. No sé por qué, desde que te vi, sentí que tú lograrías comprenderla. No hay un momento que haya estado contigo en que no haya sentido la proximidad de su presencia.

Lo miré sin saber qué decir. La idea me espantaba y me atraía. Pensé que la voz de Manuel sería sin duda capaz de transportarme a otra realidad. Era una corriente en la que nadaba el tiempo sin estorbos. Hablaba del pasado como quien habla del presente. Mi abuelo materno había sido así: un cuentero fantástico que, desde que yo era niña, avivó las llamas de mi imaginación. Pensé en Sherezade y el califa y la vida que ella se ganó con su modo de enhebrar historias. ¿Qué vida querría ganar Manuel? Y ¿cómo no iba yo a reconocer el poder de las palabras si eran éstas las que me habían conducido hasta allí, hasta esa tarde y esa extraña propuesta?

No había pasado ni una semana desde la visita a El Escorial cuando Manuel me escribió. Era la hora de la merienda en el colegio cuando madre Cristina me entregó la carta con matasellos de España. No reconocí la letra.

A través del sobre blanco y leve vi los colores de una fotografía. Por las tardes, las monjas nos repartían cuadrados de chocolate y pan de baguette cortado en rodajas. Yo jamás había probado la mezcla de pan con chocolate antes de llegar a España, pero desde que, imitando lo que hacían las demás, puse el chocolate en el centro del pan, como un sándwich, y lo mordí, me sedujo la mezcla de sabores. Era una delicia que usualmente yo comía sentada en un banco tras unos arbustos, junto a la gruta que albergaba una estatuilla de la Virgen de Fátima. Prefería leer a los juegos de baloncesto de los que se ocupaban las demás a esa hora del día. Aquella tarde me retiré allí con el sobre en uno de los bolsillos y varios trozos de pan y chocolate. Al abrir la carta me encontré con una postal impresa con la reproducción de una pintura del siglo XV que mostraba una mujer joven de facciones delicadas, con el pelo partido al medio. Era Juana de Castilla pintada por Juan de Flandes en 1497. Azorada, leí el reverso de la cartulina:

«Lucía: Juana de Castilla contaba dieciséis años cuando casó con Felipe el Hermoso. Como tú, se sintió muy sola en Flandes, lejos de su familia. Cuenta conmigo si necesitaras algo en Madrid. Me puedes escribir, si lo deseas, a: calle San Bernardo, 28, 4.º, Madrid, 00267. Saludos, Manuel de Sandoval y Rojas.»

Ese mismo día contesté su carta. Le escribí durante el estudio de la noche, la hora del Gran Silencio de las monjas. A partir de las nueve, sólo hablaban si era estrictamente necesario. Nosotras, las internas, también teníamos que estar calladas en el gran salón donde cábíamos todas, en mesas alineadas a lo largo del espacio rectangular de altos techos y ventanas. Sobre una tari-

ma, tras un escritorio frente a la pizarra, se sentaba madre Sonia, la encargada de vigilarnos. A intervalos posiblemente marcados por el rezo del largo rosario de pulidos huesos de aceituna que colgaba de su cintura, la monja se levantaba y caminaba lentamente entre las filas de estudiantes. Sus pasos apenas hacían ruido, como si levitara, pero la pesada tela del hábito al desplazarse, las cuentas del rosario dándose unas con otras, y el penetrante olor a lana que desprendían sus vestimentas dejaban surcos en el aire como los de una embarcación moviéndose sigilosa entre ruidos de páginas y lápices arañando el papel.

Leí mis lecciones, hice la tarea y me puse a escribir. Escribí con cuidado: la letra muy clara, las líneas rectas gracias a la cartulina rayada que puse bajo el traslúcido papel blanco. Encontré gran placer en hacerlo. No supe cómo la carta para agradecerle la postal se hizo tan larga. Llené páginas y páginas hablándole de mí misma, deleitándome en la escritura. A pesar de mis años, me sentía mayor, como si el sufrimiento de mi orfandad me hubiera concedido una profundidad de comprensión superior a la de mi biografía. Quería saber más de Juana, dije. Me seducía la idea de que la reina del retrato y yo tuviéramos casi la misma edad y pudiésemos, cada una en su tiempo, haber experimentado un similar sentimiento de soledad. La soledad mía, por ser hija única, siempre poblada, le decía, por personajes literarios o inventados, de cuya compañía gozaba desde pequeña. Aunque yo también había tenido que acostumbrarme a otra cultura, en mi caso había sido una salvación no permanecer en un ambiente donde el vacío de la presencia de mis padres habría sido difícil de aceptar, casi intolerable. También me interesaba la tragedia de Juana, el

amor y los celos que sintiera por Felipe el Hermoso, añadí hacia el final.

A las diez y media, cuando madre Sonia dio dos palmadas para indicarnos que era la hora de retirarnos al dormitorio, había escrito siete páginas. En mi cuarto pasé mucho rato mirándome en el espejo de mi madre, un espejo de plata en el que imaginaba que ella podía verme en el reflejo de mis ojos. Quizás a través de Juana podría entender lo que ella había sufrido. Pensé que era providencial que Manuel me hubiese escrito justo en esos días cuando el recuerdo de mis padres no cesaba de acosarme.

Al día siguiente añadí una despedida, firmé, cerré el sobre, le puse los sellos y la llevé a la portería donde Rosario, quien se encargaba de las cartas de las internas. Fue el comienzo de una correspondencia que introdujo el riesgo y la aventura en mi vida de colegiala y a la que me entregué con una pasión que yo misma no lograba comprender. Sería porque nunca antes un hombre se interesara por mí y a mi edad ya empezaba a imaginar cómo sería aquello, o sería porque fue la primera oportunidad que tuve de expresarme ante alguien que no conocía mi contexto familiar y ante quien sólo yo sería responsable de la opinión que de mí se formara. Lo cierto es que mientras escribía imaginaba la resonancia de mis palabras; el destinatario como el interior de un piano al que me asomaba para ver los martillos alzarse y vibrar. Imaginaba al hombre afuera, en el ajetreo de los Metros y el trabajo diario, leyendo mis cartas mientras tomaba un tinto o un cortado en el bar cercano. Me sentía como náufrago tirando mensajes al mar en coloridas botellas.

Desde esa primera vez, caminando por el pasillo de regreso al aula, me percaté de que pocas cosas en los últimos años me habían dado tanto placer como escribir-

le. Me gustó mi letra pulcra y redonda en el papel, me gustó imaginar la persona que mis frases evocarían en Manuel. Yo misma, al distanciarme de mis propias palabras, sentí simpatía por la muchacha que se perfilaba en mis digresiones. Imaginé a Rocío cargando el correo hasta el buzón de la esquina, mi carta desplomándose por la ranura hasta caer sobre el oscuro agrupamiento de sobres al fondo.

Manuel me respondió encantado, impresionado por mi madurez.

Pero no se limitó sólo a escribirme.

—¿Por eso fue que me mandaste aquella postal al colegio —pregunté, aprensiva—, porque pensaste que yo podría ayudarte a sentir a Juana?

—No sé qué pensé, Lucía —dijo, benévolo y suave, tomándose la mano—. Me interesó tu inteligencia, tu evidente fascinación por la historia. Te sospeché muy parecida a Juana. —Sonrió—. Enseño el Renacimiento en la universidad pero no suelo encontrarme a menudo con chicas de tu edad que demuestren demasiado interés por lo que estudian. La vida de Juana, además, la cubro en una conferencia. El diseño del curso no me permite, por más que quiera, dedicarle mucho tiempo. Pensé que a ti te interesaría.

—Curiosamente, después de que me hablaste de ella, su nombre salió a colación mientras conversaba con madre Luisa Magdalena sobre los celos de mi madre.

—No es extraño, Lucía, pregúntale a quien quieras. Las ideas tienen propiedades magnéticas, atraen pensamientos de otros, revelaciones súbitas, coincidencias inexplicables. En mayor o menor grado, todos hemos experimentado estas aparentes coincidencias.

Manuel se levantó a preparar café. Lo observé mientras daba vueltas en la pequeña cocina de su apartamento. Me parecía tan natural ahora estar allí con él. De no haber coincidido tantas cosas en el tiempo en que él apareció en mi vida, quizás jamás se habría presentado la ocasión para que yo confiase en él y nos hiciésemos amigos. Él sin duda había propiciado nuestro acercamiento. Justo el domingo siguiente a la visita a El Escorial me lo había topado en la calle del colegio.

Aquel día amanecí con una intensa jaqueca. Madre Luisa Magdalena me encontró doblada sobre la cama. Me arropó, me dio unas gotas de Cafergot. Toda la semana había estado pendiente de mí, solícita. Fue su manera de darme consuelo por lo que ella y yo sabíamos que ya no tenía remedio. Al mediodía llegó con mi almuerzo. Se quedó un rato conmigo. La sopa caliente, la medicina hicieron su efecto. Me tranquilicé y empecé a sentirme mejor. Me aconsejó darme un baño y salir a dar una corta caminata por la calle antes de que anocheciera. La pastelería estaría aún abierta, me dijo, guiñándome el ojo. Era muy observadora. Sabía que siempre regresaba los domingos al colegio con mi ración de pasteles.

Me di una larga ducha con agua caliente. Los fines de semana no había que temer que se agotara tras los turnos de las internas. Yo aprovechaba para lavarme el cabello, frotarme las asperezas de pies y manos con piedra pómez, afeitarme las piernas y simplemente disfrutar del estar desnuda bajo el agua. En los cuatro años de internado mi cuerpo se había transformado asombrosamente y yo había seguido el proceso maravillada y temerosa a la vez. Casi de un día para otro fueron apareciendo mis pechos, alzándose y coronándose con unos pezones

grandes y rosa pálido. Del sostén 32A de mis trece años, pasé al 36C. Mi pubis, que apenas mostrara un vello liviano al llegar, estaba ahora cubierto por un espeso, mullido y negrísimo pelo rizado. La cintura se me había pronunciado un poco, no mucho. No sería yo mujer de curvas voluptuosas. Era estrecha de caderas, delgada de piernas, aunque mis nalgas eran redondas y respingadas. No sabía si en lo que me faltaba para cumplir los dieciocho años crecería más, pero le pedía a Dios que no, pues me sentía gigante. Lo que más me gustaba de mi cuerpo era mi estómago plano y el ombligo pequeño y tan hundido que sólo acertaba a limpiar bien —como parte de mi rutina semanal— con un palillo de algodón, que se hundía entre sus pliegues hasta poco menos de la mitad y que al tocar fondo, por alguna razón incomprensible, me producía una sensación de cosquillas en el recto.

El baño alivió mi abotargamiento y me despejó. Me puse polvos en la cara y me delineé los ojos. En el zaguán recubierto de azulejos de Talavera me topé con Margarita, otra de las internas, que entraba con paquetes y una falda escocesa. Margarita era de Guatemala; una muchacha grande y aniñada, de gran corazón, con la que me llevaba bien. Me hacía reír con los chistes que contaba con mucha gracia. Se sorprendió al verme. Por la mañana, madre Luisa Magdalena le había dicho que estaba indispueta.

—Pero veo que estás mejor —sonrió.

—Fue pasajero. Dolor de cabeza. Jaqueca. Pero ya me va pasando. Sólo voy a la pastelería y regreso.

Para llegar a ella tenía que subir por la cuesta empinada al final de la cual se encontraba la calle de Atocha y la boca de Metro de la estación de Antón Martín. El colegio quedaba en uno de los antiguos barrios de Madrid cercano a la estación de trenes, al Jardín Botánico

y al histórico Lavapiés. Mayo se acercaba a su fin y los días empezaban a alargarse. A esa hora, poco antes de las cinco de la tarde, transitaban pocas personas por la calle. En España se almorzaba a las dos o tres de la tarde, de manera que la gente estaba terminando de almorzar o durmiendo la siesta. El viento fresco me sopló en la cara. Avancé en el aire luminoso del atardecer entre edificios cuadrados, de estilo castellano, con los balcones de hierro forjado colgados a intervalos regulares de las paredes. Los bajos de lo que habrían sido casas señoriales exhibían negocios, bares, portales de vidrios blancos enmarcados con molduras metálicas. Hiciera sol o estuviese nublado, la calle tenía siempre un aire de pesadumbre. Sería porque al lado del colegio se alzaba un convento de monjas de clausura apartadas para siempre del mundo, el Hospital de Atocha con sus altos muros y la construcción grande y macilenta de la morgue municipal. Me había detenido distraída por unos zapatos en la vitrina de una de las pequeñas tiendas cuando oí una voz a mi lado.

—No puedo creerlo. Qué feliz coincidencia.

Al levantar los ojos vi a Manuel. Iba vestido igual que la última vez. Llevaba una carpeta bajo el brazo. Recuerdo que me quedé en silencio, mirándolo, sin saber qué decir, sin atreverme a pensar que pudiese haber estado esperándome, por mucho que me costara aceptar que encontrármelo allí fuera una casualidad. Su amigo Genaro vivía en la vecindad, dijo, a modo de explicación. Era el guía turístico, la persona a la que él sustituyó, la razón por la que me conocía. Tenía que devolverle unos libros. Me preguntó qué rumbo llevaba yo. Apenas repuesta del azoramiento dije que sólo iba a la pastelería y luego de vuelta al colegio. Se ofreció a acompa-

ñarme. Empezamos a andar calle arriba. Él fumaba con deleite y miraba a su alrededor como si caminar por la calle en domingo fuese una novedad. Comentó que usualmente los pasaba en la biblioteca en casa de su tía, leyendo, o armando cosas. Era aficionado a los rompecabezas y los modelos a escala. Las multitudes que paseaban sin propósito fijo, como robots respondiendo a la orden semanal de divertirse, le producían agobio. A mí sí que me gustaba salir los domingos, le dije. El colegio era como una fortaleza y la ciudad ni siquiera se adivinaba cuando uno estaba allí dentro. Ese día en particular, sin embargo, el dolor de cabeza me había tumado. «Pobrecita —dijo dulcemente al tiempo que su mano derecha se posaba en mi espalda suavemente por un instante—. ¿Y no será más prudente que no comas pasteles?» Sonreí. Al contrario, dije, lo dulce me haría bien. Sólo entrar en la pastelería era para mí una delicia. La misma monja que me cuidaba lo había sugerido. Era una debilidad mía: los pasteles, los chocolates. Lo que más extrañaba de mi país era una jalea espesa de guayaba que comíamos en el desayuno. Había un árbol de guayaba en el jardín de mis abuelos. El olor era delicioso. «Tendrás que educarme en frutas tropicales. Lamento decir que nunca he visto una guayaba.» Cruzamos la calle y Manuel volvió a poner su mano sobre mi espalda, cerca del hombro. «Disfruté mucho tu carta —dijo—, escribes muy bien. Eres muy joven, pero lo olvido cuando te oigo hablar y lo olvidé aún más al leerte. Observas el mundo con sabiduría.»

Llegamos a la pastelería. Mujeres mayores de luto con pesados zapatos negros y medias gruesas color piel se agrupaban frente al mostrador. El dueño me saludó. El vaho del horno olía a miel y galletas. Seleccioné mis

dulces de costumbre. Manuel miraba hacia lo alto del estante las cajas de pasta de guayaba alineadas allí y le indicaba al pastelero que le bajara una de ellas. (Son muy caras, Manuel, le dije acercándome yo esta vez.) Hizo que el dueño le abriera la caja donde yacía un bloque de pulpa de guayaba envuelto en celofán. Alzó la caja para olerla él y luego la alzó hasta mi nariz. Aspiré y dejé ir un suspiro. A pesar del empaque, el olor de la fruta me llegó a los pulmones. No pude disuadirlo de comprar la caja aquella, ni diciéndole que no estaba acostumbrada a la guayaba preparada de esa forma, una barra densa, de sabor espeso. Así la comían en Cuba, con pedacitos de queso, dijo el dueño. «Es exquisita. Anda, niña, que te gustará. Déjalo que te haga un obsequio. Te lo mereces.» Manuel no me dejó pagar por nada. ¿Que no me daba cuenta de que el destino, al ponerlo en mi calle ese día, lo comandaba a celebrar un encuentro tan feliz como inesperado?

A la par de la sorpresa de toparme con él, conservaba de ese día el recuerdo de Manuel tomándome del brazo de regreso de la pastelería, acercándose para hablarme al oído hasta el punto de darme escalofríos en el cuello. Parecía no tener demasiada conciencia de las distancias que las personas suelen guardar entre sí, porque no sentí que lo hiciera para provocar una reacción de mi parte, sino más bien como un niño torpe ajeno al efecto de sus manotazos entusiastas.

En la puerta del colegio me hizo prometerle que le escribiría más y se despidió con un beso en la mejilla. Me quedé unos minutos en la puerta diciéndole adiós con la mano alzada mientras él retomaba su camino calle abajo.

—Debe de haber estado rondando el colegio todo el día para encontrarse con vos —me dijo Margarita, sonriendo maliciosa, ella y yo las únicas en la mesa a la hora de la cena—. Casualidades como ésa son difíciles de creer. Qué dichosa sos que con lo poco que salís del colegio ya te hallaste un enamorado.

—Qué imaginación la tuya, Margarita.

—A ver, dejame probar esa pasta de guayaba. En Guatemala la comemos con queso o crema, como en Cuba.

No teníamos queso o crema, pero la untamos en el pan. La saboreamos como si trozos de nuestra infancia, de nuestros lejanos países, se nos disolvieran en la boca.

—Dime, Manuel, ahora que nos conocemos mejor, cuando nos encontramos en la calle del colegio, ¿fue un encuentro verdaderamente casual, o esperabas, oculto, a que yo apareciera?

—Fui hasta allí pensando en ti. No imaginé que te encontraría. Debo admitir, sin embargo, que tras toparme contigo tuve la clara sensación de que algo más que la casualidad era responsable de esa coincidencia.

—¿Crees en la telepatía?

—Todo lo que existe interactúa. Asumo que la telepatía es una manifestación de estas conexiones. En todo caso, la realidad es más compleja y maleable de lo que parece. Y el tiempo también. De ahí que pensar que tú podrás intuir la interioridad de Juana cuando yo sumerja tu conciencia en su época y su circunstancia no sea un desvarío de mis obsesiones. Créemelo. No es un ardid para embrojararte. Tú misma te darás cuenta.

—Está bien, Manuel. Ya te dije que Poe, Borges y Lovecraft son mis autores favoritos. Sólo que, claro,

nunca pensé meterme en uno de sus cuentos. —Sonreí, un poco avergonzada de mi desconfianza—. Haré lo que me pides, pero ¿dónde está ese traje del que hablaste?

—Sígueme —dijo, poniéndose de pie, extendiendo su mano—. Vamos a mi habitación.

—Si no me siento cómoda te lo digo y me cuentas la historia sin más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió.